

«escalera habia un dragon de desmesurado cuerpo que parecia pronto á lanzarse sobre los que se presentasen para subir. El primero que lo verificó fué Saturo, el cual no se hallaba con nosotros cuando fuimos presos, sino que se entregó despues voluntariamente á los perseguidores por causa nuestra: al llegar á lo alto de la escalera, volvióse hácia mí y me dijo: «Perpétua, os espero; pero cuidad de que el dragon no os muerda.» Mi contestacion fué: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo no me hará daño alguno.» Entonces como si le hubiese inspirado miedo levantó suavemente la cabeza, y como me hallase pronta á subir, me sirvió de primer escalon. Llegada á lo alto de la escalera, ví á un hombre de grande talla y de blancos cabellos en traje de pastor; en aquel entonces estaba ordeñando sus ovejas y rodeábale una innumerable multitud de personas, vestidas tambien de blanco; llamóme por mi nombre y me dijo: «Hija mia, sed bien venida,» dándome una especie de cuajo hecho con la leche que sacaba; recibílo juntandolas manos, lo comí, y todos los que se hallaban presentes contestaron *Amen*. Sus voces me despertaron, encontrando en mi boca cierta cosa muy dulce, de lo que dedujimos que sufriríamos la muerte. Esto hizo que empezásemos á desprendernos de las cosas de la tierra, y á dirigir todos nuestros pensamientos hácia la eternidad.

«Pasados algunos dias, y cuando se decia que íbamos á ser conducidos al tribunal para sufrir un interrogatorio, ví entrar á mi padre en nuestro calabozo; el dolor habia impreso profundas huellas en su rostro, y me dijo: «Hija mia, apiádate de mis canas; ten compasion de mí. Si soy digno de que me llames tu padre, si yo mismo te he educado hasta la edad que ahora cuentas, si has tenido siempre en mi corazon la preferencia sobre tus hermanos, no me conviertas en el aprobio de los hombres! Mira á tus hermanos, mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrán vivir sin tí; abandona ese loco orgullo que nos perderá á todos; pues ninguno de nosotros se atreverá á presentarse en público, si eres condenada al suplicio.»

«Al hablarme así, mi padre besaba mis manos, y arrojándose á mis piés, bañado en lágrimas, me llamaba no su hija, sino *señora*. Mi pena, al pensar que seria el único de mi familia que no se alegraría de mi martirio, era extrema, mas traté de consolarle, y le dije: «No sucederá sino lo que Dios quiera; nuestra suerte está en

«sus manos y no en las nuestras.» Mi padre se retiró agobiado de dolor.

«El día siguiente mientras nos hallábamos comiendo, nos mandaron salir para ser interrogados: propalada la noticia por todos los cuarteles de la ciudad, llenóse en un instante la sala de audiencia. Hiciéronnos subir sobre un tablado donde el juez tenia un tribunal, y nos hallamos en presencia de Hilario, intendente de la provincia, el cual representaba al procónsul, muerto hacia poco. Todos cuantos fueron interrogados antes que yo confesaron valerosamente á Jesucristo, y al llegar mi vez, y cuando me preparaba para contestar, preséntase mi padre acompañado de mi hijo que un criado llevaba en sus brazos; toméme aparte, y empleó todos los medios que el amor pudo sugerirle para enternecerme por la suerte de aquella inocente criatura; el mismo Hilario unió sus ruegos á los de mi padre, diciéndome: «¿Cómo! ¿no podrán conmoveros ni las canas de un padre á quien vais á hacer para siempre desgraciado, ni la inocencia de este niño á quien dejais huérfano? ¡Sacrificad únicamente por la prosperidad de los Emperadores!—No sacrificaré, le contesté; é Hilario repuso: Con qué, sois cristiana?—Sí, soy cristiana,» fué mi contestacion.

«Mi padre, que permanecia delante del tribunal con la esperanza de vencerme, recibió un golpe de vara de un uger á quien Hilario habia mandado que le hiciese retirar; aquel golpe resonó dolorosamente en mi corazon, y sentí un gran pesar al ver á mi padre tan maltratado en su vejez. El juez pronunció nuestra sentencia, por la cual nos condenó á todos á ser lanzados á las fieras; al regresar á la cárcel, transportados todos de alegría, rogué al diácono Pomponio que pidiese mi hijo á mi padre, mas éste no quiso enviármelo.»

Es de presumir que Secundulo hubiese muerto en la cárcel antes del interrogatorio, pues nada se dice de él. Antes de pronunciar la sentencia, Hilario habia mandado azotar cruelmente á Saturo, á Saturnino y á Revocato, y abofetear á Perpétua y á Felicia, difiriendo el suplicio de los Mártires hasta la época de los juegos que debían darse con motivo de la fiesta de Geta, creado César por el emperador Severo, su padre, cuando Caracalla fué proclamado Augusto.

«Santa Perpétua continúa su relacion: «Trasladados á la cárcel del Circo, fuimos todos encadenados hasta el día en que debíamos ser

«pasto de las fieras; sin embargo el oficial llamado Pudente, que mandaba las guardias de la cárcel, viendo que Dios nos favorecia con repetidos dones, concibió por nosotros una grande estimacion, y permitió entrar libremente á los hermanos que venian á vernos, ya para consolarnos, ya para recibir consuelo. Al acercarse el dia señalado para el espectáculo, vino mi padre á visitarme; imposible me seria dar una idea del estado de postracion en que se hallaba; arrancábase la barba, revolcábase por el suelo, pegaba con el rostro en las piedras, maldecia su vejez, y decia cosas capaces de conmovier á todas las criaturas. Al verle en tal estado pensé morir de dolor.» Aquí termina la relacion de santa Perpétua; lo que sigue fué escrito por un testigo ocular.

Como hemos dicho, Felicia se hallaba en cinta de siete meses, y viendo tan próximo el dia de los juegos, se hallaba muy afligida, creyendo que su martirio seria diferido, por no ser permitido ejecutar á las mujeres embarazadas antes de su alumbramiento. Los compañeros de su sacrificio sentian igualmente dejarla sola en el camino de su comun esperanza, así es que todos se pusieron en oracion, á fin de que pariese antes del dia del combate; al momento se sintió Felicia presa de los primeros dolores, y como la violencia del dolor le arrancase algunos gritos, díjole uno de los carceleros: «Si ahora te quejas, ¿qué harás cuando seas lanzada á las fieras?—Ahora, contestó Felicia, soy yo la que sufro lo que sufro; pero allí habrá otro en mí que sufrirá por mí, porque yo sufriré por él.» La niña que parió fué criada como á hija suya por una mujer cristiana.

El tribuno encargado de la custodia de los santos Mártires tratábalas con extremado rigor, y Perpétua, cuyo animoso carácter en nada habia decaido, le dijo: «¿Cómo os atreveis á tratar con tanta dureza á presos que pertenecen al César, y que están destinados á combatir en el dia de su fiesta? ¿Por qué les negais los escasos gocees que pueden tener hasta entonces? ¿Acaso no se halla interesado vuestro honor en que se nos vea sanos y robustos?» Avergonzado y confuso el tribuno mandó que los Mártires fuesen tratados con algo mas de humanidad; los hermanos pudieron entrar en la cárcel, y llevarles toda clase de refrescos, y el oficial Pudente, que se habia convertido, les prestaba secretamente cuantos favores y servicios dependian de él.

La víspera del combate se les dió, segun costumbre, la cena llamada *cena libre*, la cual se verificaba en público; nuestros Santos

cambiaron en cuanto les fué posible aquella última comida en un banquete de caridad. La sala en que comian se hallaba atestada de pueblo, al cual los Mártires dirigian de cuando en cuando la palabra; ya le hablaban con entereza, amenazándole con la cólera de Dios; ya le revelaban la felicidad que sentian al morir por el nombre de Jesucristo, ya le echaban en cara su brutal curiosidad. «¿Acaso, les decia Saturo, no os bastará el dia de mañana para contemplarnos? Ahora fingis apiadaros de nosotros, y mañana aplaudiréis nuestra muerte. Mirad bien nuestros rostros, á fin de reconocernos en aquel dia terrible en que todos los hombres serán juzgados.» Estas palabras, pronunciadas con la firmeza y seguridad que solo da la fe, introdujeron la admiracion en el alma de la mayor parte; unos se retiraron sobrecogidos de temor, muchos no se movieron con objeto de hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.

Finalmente llegó el dia que debia alumbrar el triunfo de nuestros animosos atletas; al hacerles salir de la cárcel para conducirles al anfiteatro, veíase pintada la alegría en sus rostros, y revelábase en sus palabras y en todas sus acciones. Perpétua marchaba la última; la tranquilidad de su alma se revelaba en su continente, y para ocultar á los espectadores la vivacidad de su mirada, tenia los ojos modestamente inclinados á la tierra. En cuanto á Felicia, le era imposible expresar el placer que sentia al poder seguir á los demás en su combate con las fieras. Al llegar á la puerta del Circo se les quiso obligar, segun costumbre, á vestir el traje de los que se presentaban en semejantes espectáculos: el de los hombres consistia en un manto rojo, insignia de los sacerdotes de Saturno, y el de las mujeres en una cinta al rededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres; mas los Mártires rechazaron aquellas libreas de la idolatría.

Perpétua cantaba, como segura ya de la victoria; Revocato, Saturnino y Saturo amenazaban al pueblo con los juicios de Dios, y al hallarse frente de la galería en que se hallaba Hilario, presidente de los juegos, le gritaron: «Vos nos juzgais en este mundo, pero Dios os juzgará en el otro.» Irritado el pueblo al ver tanta osadía, pidió que fuesen azotados, lo cual llenó de gozo á los Santos por verse tratados como lo fué Jesucristo, su divino Maestro ¹.

¹ *Pro ordine venatorum*, dicen las actas. Llamábase *venatores* á los que se armaban para combatir á las fieras; ponfense en dos líneas teniendo un látigo en la mano, y á medida que pasaban por entre ellos los *bestiarii*, ó personas

El Dios de bondad que dijo: «Pedid y recibiréis,» oyó las súplicas de nuestros Mártires. Cierta dia que hablaban entre sí de los diferentes suplicios que se hacia sufrir á los cristianos, deseaban unos morir de un modo, y otros de otro. Saturnino manifestó el deseo de ser expuesto á todas las fieras del anfiteatro, á fin de multiplicar sus victorias al multiplicar sus combates, y obtuvo en parte lo que deseaba, pues él y Revocato, despues de haber sido atacados por un leopardo, fueron arrastrados por un terrible oso hasta cerca del teatro, donde les dejó despedazados. Saturo, que nada temia tanto como ser atacado por un oso, y que hubiera deseado que un leopardo le hubiese quitado la vida de la primera dentellada, vió que soltaban contra él un jabali; mas el animal se revolvió contra el picador que le conducia y le abrió el vientre con sus colmillos; luego volviendo á Saturo, se contentó con arrastrarle algunos pasos por la arena. Conducido luego cerca de un oso, no quiso éste abandonar su jaula, de modo que Saturo salió del Circo sin haber recibido herida alguna.

Entonces fué cuando retirado en los pórticos del anfiteatro halló ocasion para hablar con Pudente, á quien exhortó á perseverar constantemente en la fe, diciéndole: «Ya veis que las fieras no me han dañado, conforme yo deseaba y predecia; creed, pues, firmemente en Jesucristo, mientras que yo vuelvo á la arena donde un leopardo me quitará la vida á la primera dentellada.» Así sucedió en efecto: al terminar el espectáculo, un leopardo se le arrojó encima, y con una sola dentellada, le abrió una larga herida, de la que salió la sangre á torrentes; al ver esto la multitud exclamó: «Héle aquí bautizado una segunda vez,» mientras que el Mártir dirigiendo á Pudente sus últimas miradas, le dijo: «Adios, querido amigo; acordaos de mi fe, y ojalá que mis sufrimientos, en vez de espantaros, solo sirvan para afirmaros mas y mas en ella.» En seguida le pidió un anillo que llevaba en su dedo, y mojándolo en su sangre, se lo devolvió diciendo: «Recibidlo como una prenda de nuestra amistad; llevadlo por amor de mí, y la sangre que le enrojece os recuerde siempre la que derramo ahora por Jesucristo.» Despues de esto el santo Mártir fué trasladado al lugar donde eran rematados los que no habian muerto de sus heridas.

En los anfiteatros habia dos puertas, llamada la una *Sanavivaria* ó de la carne viva, por la cual salian los que no habian muerto en el combate; y la otra *Sandapilaria*, ó puerta de las mortajas, por la que sacaban los cadáveres de los que habian sucumbido.

Mientras tanto, despechado el demonio viendo que el sexo mas débil iba á conseguir una señalada victoria, habia hecho de modo que contra la costumbre se destinase una vaca furiosa para combatir contra Perpétua y Felicia; así es que ambas Santas fueron desnudadas y envueltas en una red para ser expuestas á la fiera: á semejante espectáculo manifestó el pueblo su piedad y horror, viendo á la una tan delicada y á la otra recién parida; así es que las sacaron de la red y las cubrieron con una túnica flotante. La vaca precipitóse primeramente contra Perpétua, á la cual alzó sobre sus cuernos, dejándola luego caer de espaldas; la jóven, que observó que sus vestidos se habian desgarrado, los arregló prontamente, menos ocupada de sus dolores que de la ofensa que podia recibir la modestia; levantóse, y anudó sus cabellos que se le habian desprendido, á fin de no parecerse á las personas afligidas.

Viendo á Felicia que habia sido muy maltratada por la vaca y que se hallaba tendida en la arena, corrió hácia ella y le tendió la mano para que se levantara; ambas aguardaban un segundo ataque, mas habiéndose opuesto el pueblo á que continuase aquella lucha, fueron conducidas á la puerta *Sanavivaria*, que guiaba á la plaza pública¹. Perpétua fué recibida en ella por un catecúmeno llamado Rústico, y entonces aquella mujer admirable, como despertándose de un profundo sueño, preguntó cuándo la expondrian á aquella vaca furiosa; refiriéronle lo que habia sucedido, y no quiso creerlo, hasta que hubo reconocido en su cuerpo y en sus vestidos las señales de lo que habia sufrido.

«¿Dónde se hallaba, pues, exclama san Agustin hablando de esta circunstancia; dónde se hallaba cuando fué atacada y maltratada por la fiera, sin sentir sus golpes, y cuando despues de tan rudo combate preguntaba, cuándo debia empezar? ¿Qué miraba, para no ver lo que todos veian? ¿Qué sentia, para permanecer insensible á un dolor tan violento? ¿Qué amor, qué éxtasis, qué brebaje la habia transportado tan fuera de sí y tan divinamente embriagado para ser insensible en un cuerpo mortal?»

La Santa llamó á su hermano, y le dijo en presencia de Rústico:

¹ En los anfiteatros habia dos puertas, llamada la una *Sanavivaria* ó de la carne viva, por la cual salian los que no habian muerto en el combate; y la otra *Sandapilaria*, ó puerta de las mortajas, por la que sacaban los cadáveres de los que habian sucumbido.

«Permaneced firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de nuestros sufrimientos.»

En el *Spoliarum* donde habia sido trasladado Saturo, preparábase para degollar á los Mártires; aquel lugar, como ya hemos dicho, era el destinado para rematar á aquellos á quienes las fieras solo habian herido; sin embargo, para gozar hasta el fin de tan inhumano espectáculo, el pueblo pidió que fuesen todos muertos en medio del anfiteatro. Los Mártires se levantaron al momento, abrazáronse y sellaron su martirio con el santo ósculo de paz, y se dirigieron al Circo, donde recibieron todos el golpe de muerte sin hacer ni un movimiento ni dejar escapar la menor queja. Saturo fué el primero que recibió la inmarcesible palma, segun vision de santa Perpétua, cayendo por fin ésta á los golpes de un desmañado gladiador; ella misma acompañó hasta su garganta la temblorosa mano del verdugo, y le indicó el punto en que debía herir.

Sus gloriosos cuerpos fueron recogidos por los fieles; en el siglo v se hallaban en la catedral de Cartago, y segun refiere san Agustín, su fiesta atraia mayor multitud de gentes para honrar su memoria, que el número de gentiles que la curiosidad atrajo á su martirio. Los nombres de santa Perpétua y de santa Felicia han sido insertados en el cánon de la misa. ¿Qué nombres mas hermosos podia la Iglesia nuestra madre consagrar á la inmortalidad? ¿Qué ejemplos mas edificantes podia proponer á las generaciones cristianas?

Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido testimonios de nuestra fe en todos los estados, en todos los países y en todas las condiciones, á fin de confundir la incredulidad y de ofrecer modelos á todos los cristianos; hacernos la gracia de que imitemos á santa Perpétua y á santa Felicia en caridad y grandeza de alma.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero pensar diariamente en los juicios de Dios.

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

San Ireneo.—San Ferreol y san Frejus.—Juicio de Dios sobre Septimio Severo.—Persecucion particular bajo Maximino; retrato de este Príncipe.—Juicio de Dios sobre él.—Octava persecucion general, en tiempo de Decio; retrato de este Príncipe; martirio de san Pionio; de san Cirilo y de santa Agueda.—Juicio de Dios sobre Decio.—Novena persecucion general, imperando Valerio; retrato de este Príncipe; martirio de san Lorenzo y de san Cipriano.

Mientras que Cartago recibia la doble gloria del nacimiento de Tertuliano y del martirio de santa Perpétua, Lyon adquiria un nuevo título á la inmortalidad; su obispo san Ireneo sellaba con su sangre la fe que defendiera contra los herejes¹. En Besanzon dos de sus discípulos, Ferreol y Frejus, daban igual testimonio de la verdad evangélica, de la cual fueron los primeros apóstoles en aquella

¹ La obra principal de san Ireneo es un *Tratado contra las herejías*, dirigido especialmente contra los Valentinianos.

En el libro primero, san Ireneo expone las utopias de los Valentinianos acerca de la genealogía de los treinta Eones; estos seres imaginarios eran divinidades inferiores que se decian producidas por el Dios eterno é invisible, llamado *Profundidad*, al cual se daba por esposa la *Idea*.

En el segundo enseña san Ireneo que solo Dios crió el universo, y refuta el sistema de los Eones.

En el tercero se queja de que los herejes, al ser combatidos con la Escritura, eluden su autoridad, pretendiendo que la tradicion estaba por ellos; y de que atacados con la tradicion, la abandonaban apelando á la sola Escritura, siendo así que la Escritura y la tradicion proporcionaban invencibles armas contra sus errores. Lo prueba.

En el cuarto prueba la unidad de Dios, y manifiesta que Jesucristo al abolir los antiguos sacrificios sustituyó á ellos el de su cuerpo y de su sangre, que debe ser ofrecido en todo el mundo, segun la prediccion de Malaquías.

En el quinto habla de nuestra redencion por Jesucristo, y aduce las pruebas de la resurreccion de los cuerpos.

San Epifanio califica á san Ireneo de un hombre muy docto, muy elocuente y dotado de todos los dones del Espíritu Santo. Teodoreto lo considera como la antorcha de las Galias occidentales.